



S. IGNACIO DE LOYOLA, F.

acuérdate que estas son necesarias aun á los mismos buenos para preservarlos de la corrupcion, como la sal que consume y conserva; esta es señal de que te ama, y que quiere ser amado de tí.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN IGNACIO, CONFESOR,
FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Al mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania; que Enrique VIII, declarándose cismático, la destruía en Inglaterra; que Calvino, aquel imaginario reformador, le hacia una sangrienta guerra en Francia, la divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido, como se explica Urbano VIII (1), para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformation de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar la fe de Jesucristo hasta aquellos países donde jamás habian penetrado los apóstoles.

Este gran santo, gloria de su nacion y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en aquella parte de la Cantabria española que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre don Beltran, Señor de Oñez y de Loyola, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del país, como primogénito y cabeza de una de las casas mas antiguas; y su madre Marina Saez de Balda no era de menos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor de los ocho hijos y tres hijas, nació adornado de tan bellas prendas, que

(1) Bull. Canon.

muy presto fué las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; un aire noble y naturalmente agraciado, un genio elevado, y sobre todo, una ardiente pasión por la gloria prevenían los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortesano, notándose en él desde sus primeros años una discreción, que nada olía á las inocentes inconsideraciones de la niñez. Juzgando su padre que era nacido para la corte, se dió prisa á enviarle á ella; y le hizo paje del rey católico. Luego ganó Ignacio la gracia de Fernando; pero su inclinación á las armas le disgustó presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el ejército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantabria. Logrólo en la toma de Nájera, y en todas las funciones dió pruebas de grand valor.

No dió tantas de virtud y de cristiandad. Estaba su cabeza llena de vanidad, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y las máximas del mundo, cuando el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de elección, después de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el ejército francés el castillo de Pamplona, y el virey don Antonio Manrique dejó por comandante á don Ignacio mientras él salió á solicitar el socorro. Sostuvo él solo muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del jóven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendía, y fueron también repelidos luego que Ignacio se dejó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompió una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimación que merecía su valor y su nacimiento; y después de haberle cuidado, y aplicados los primeros medica-

mentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobrevinole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los sacramentos, y le daban pocas horas de vida; pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños san Pedro, que le tocó con la mano y le curó. El suceso acreditó la verdad del sueño; pero ni aun con este milagro se convirtió Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos días, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías para divertirse. Por dicha suya no se halló otro en toda la casa, que la vida de Cristo y las vidas de los santos. Leyólas Ignacio; sintióse movido, y haciendo las naturales reflexiones que le ofrecía el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia asombraron á los mas fervorosos. Vieron á aquel hombre cortesano, que solo por conservar el aire y la bizarría de cuerpo había tolerado las mas dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el aire noble y grande que mostraba su semblante; vieronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrajes de los disolutos, ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oración la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia, y como agotar en sí toda la severidad de la mas austera penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor; apareciósele la santísima Virgen una noche con el niño Jesus en los brazos, cercada de resplandor; la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazón, y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se

le oía exclamar continuamente : *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otra recompensa que amaros mas.*

Por su tierna devocion á la soberana reina emprendió luego la peregrinacion á Monserrate, monasterio famoso por el concurso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion y á venerar la milagrosa imágen de la Virgen. Habia en aquel monasterio un monje de eminente santidad; hizo Ignacio con él una confesion general, y la hizo con tanto dolor de sus peccados, que el confesor temió espirase á sus piés el penitente, y le costó mucho trabajo enjugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios; colgó la espada de un pilar inmediato al altar; dió sus ricos vestidos á un mendigo; echóse á cuestras un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la calabaza al lado, la cabeza descubierta, los piés descalzos, cargado solo con los instrumentos de penitencia.

Con este pobre equipaje llegó á Manresa el nuevo peregrino. Fué recibido en el hospital; pero su asqueroso semblante, su barba larga, las uñas que de propósito habia dejado crecer para causar horror, le hicieron tedioso y ridiculo á cuantos le veian. Sirvióse el demonio de tan extraña mudanza de vida para tentar al santo. Los desprecios á que estaba expuesto, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendigos, le comenzó á dar en rostro, y se le excitaron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la corte y en el ejército, que en aquella asquerosa vida; pero duró poco la ilusion: conoció Ignacio toda su malignidad; y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermos, asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban mas asco, y dedicándose á los mas

bajos officios. Rompieron en fin los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzaronle á respetar y á descubrir no sé qué especie de grandeza en aquellas exterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luego que llegó á entenderlo, y sin dilatarlo un punto se salió del hospital, y se fué á encerrar en una horrorosa cueva á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podría abandonar enteramente á su fervor, y no poner limites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento, debiendo solo á unas antiguas raíces el no morir de hambre: excesos que muchas veces le pusieron en peligro de la vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar aquel género de vida. A estas tentaciones se siguieron otras; fatigábanle los escrúpulos; mostrábase el cielo de bronce; y apoderada de su alma una profunda melancolia, se le hacia la vida insoportable. Durante aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber; y hubiera llevado adelante estos excesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano, y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios aquella generosa alma de los mas dulces consuelos; de manera que despues todo fué visiones, éxtasis y raptos. En aquellas intimas comunicaciones con Dios recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en estilo de los profetas. Tambien fué en este tiempo cuando, iluminado

con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los ejercicios espirituales, aprobado por tantos sumos pontífices, y tan apreciado de todos los buenos, en el cual este hombre inspirado de Dios, redujo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vinole deseo de visitar los lugares santos de Jerusalem, y se embarcó en Barcelona para la Tierra Santa. Llegó á ella despues de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero despues que cumplió con su devocion en Jerusalem, se vió precisado á restituirse á Europa. Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, y convencido de que no podia contentar su zelo sin el auxilio de las letras humanas, determinó volverse á España y aplicarse al estudio. Diéronle en Venecia una buena limosna; llegó á Ferrara, y toda la repartió entre los pobres, mendigando despues de puerta en puerta. Luego que entró en la Lombardia, le prendieron los españoles, sospechando que era espia, y despojándole del vestido, le llevaron en camisa delante del capitán. Una sola palabra hubiera sido bastante para librarle del peligro; pero calló por el deseo de padecer. Tuviéronle por tonto; cargáronle de injurias y de palos, y le dejaron proseguir su camino bien harto de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de treinta y tres años, y fué su maestro Jerónimo de Arbedal, público preceptor de latinidad en ella. El ejercicio era de mucha humillacion; pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar al prójimo.

Iba muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Creciendo cada dia en su corazon el zelo de la salvacion de las almas, advirtió que retraia á todos aquel su exterior austero y nada grato. Dejó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debajo de una pobre sotana. Ya sus ejemplos habian movido á muchos; pero sus conversaciones convirtieron á muchos mas. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Angeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo; moliéronle á palos á él y al capellan del convento; este murió de los golpes, y el santo estuvo tan á los últimos, que salvó la vida por milagro.

Dejó á Barcelona para ir á estudiar filosofia en Alcalá, donde su zelo no fué menos eficaz, ni menos ejercitado. Merecióle grande reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella universidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechicería y de herejía; fué delatado á la Inquisicion; triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no solo fué aprobado, sino aplaudido su zelo; pero conociendo así los inquisidores, como el vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los pies descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios en la universidad de Salamanca. Siendo su zelo tan eficaz y tan

puro, no podía dejar de ser perseguido en todas partes. Prendieronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debía permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado; dieron parte al provisor, y este, abusando de su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas, y le trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de ejercicios. Fué examinado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fué aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los ejercicios de su zelo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus designios, le destinaba á mayor teatro. Dejó Ignacio aquella universidad para ir á pasar sus estudios en la de París, que á la sazón era la más célebre de Europa. Habia ocurrido tiempo antes un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un día pasar al santo, y mostrándole con el dedo, dijo: *Quemado muera yo, si este no merece ser quemado*. Subió el mismo día al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artillería que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un montón de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á París á los principios de febrero del año de 1528; y luego acudió al colegio de Monteagudo para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse; escapósele con él, y se vió

precisado á pedirla en París. No teniendo otro recurso, se recogió en el hospital, donde no le daban mas que el simple cubierto, y mendigaba de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado, estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle; abrazóle, consolóle, sirvióle, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofía en el de Santa Bárbara. Excitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiéndose hecho religiosos algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dejar desierto el colegio. Irritáronse tanto el rector y los regentes, que pensaron darle *una sala* (así se llamaba en la Sorbona el castigo de azotes públicos, y en rueda, que se daban con unos mimbres en las espaldas á los profesores que habian cometido graves delitos). Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse. Hízolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el rector del colegio dió público testimonio de su virtud en el mismo lugar donde se habia de hacer la ejecucion.

En vista de tan solemne satisfaccion abrieron todos los ojos, y con ella les ganó los corazones. Hízose famoso en la universidad el nombre de Ignacio. El rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria; y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante para repartir con él las lecciones á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio con Francisco Javier, caballero del reino de Navarra. Adelantó tanto Ignacio con este medio, que recibió el título de maestro en artes; y acabó despues con mucha honra su curso de teología.

Este fué el tiempo en que Dios le dió á entender distintamente que le tenia escogido para fundar una compañía de hombres apostólicos, que, atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del prójimo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el santo puso los ojos para tan elevado intento fué su pasante Fabro. Un poco mas le costó la conquista de Javier. Era de grande ingenio y de ilustré nacimiento; enseñaba la filosofía con mucho aplauso; y ambicioso de gloria, á nada menos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fué Javier ornamento de la nueva compañía, y uno de los mayores santos de la Iglesia.

Presto se le agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular merito: Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolás Alfonso Bobadilla, nombre que tiene tambien el lugar de su nacimiento; y Simon Rodriguez, caballero portugués. Juntólos un dia Ignacio, y les declaró su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las almas; respondiéronle prontamente que todos tenian la misma intencion, y escogieron el dia de la Asuncion de la Virgen para obligarse con expreso voto á tan piadosa empresa. Este dia en el año de 1534 los condujo á todos Ignacio á la iglesia de *Monmartre*, monte de los mártires, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado poco antes de sacerdote, y á todos les dió por su mano la comunión en la capilla subterránea. Concluida la misa, todos siete juntos, en voz alta, clara y distinta hicieron voto de renunciar todos los bienes, y de emprender al tiempo señalado el viaje de Jerusalem para trabajar en la conversion de los infieles; y en caso de que no tuviese efecto este viaje, de irse todos á echar á los piés del

papa, y ofrecerle sus personas, para ir bajo sus órdenes á cualquiera parte donde los enviase. Sin duda fué alto designio de la divina Providencia, que el nuevo patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanías de Paris, hubiese escogido el monte de los mártires para echar los primeros cimientos de la religion. Inspiróle el cielo este pensamiento para darle á entender que una compañía, que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo tambien perseguida de todos los modos con que lo fué su santa Iglesia, debia nacer sobre el sepulcro de los mártires, y bajo los auspicios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singularmente dedicada.

No estuvo ocioso el zelo de Ignacio mientras sus compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar para ir á la casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permanecería sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, en vista de tan portentosa caridad, volvió atrás, y solo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traía cierto escandaloso sacerdote, se echó á sus piés, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazon del confesor la sensible contricion del penitente, y movido de aquel ejemplo, detestó sus pecados y mudó de vida.

Obligado á dar una vuelta á España, entró en Guipúzcoa sin otro equipaje que el de un verdadero